

que se dejara llevar en aquella ocasion, tendiendo velas al viento del espíritu que le guiaba; si su religioso recato y humilde modestia no anduviera huyendo de cualquiera cosa que le pudiera ser de estima y honra propia, si lo llegase á alcanzar el compañero con quien rezaba.

Disimuló entónces este favor, y acabado el rezo volvió á su consideracion muy agradecido á Dios. Duráronle por mucho tiempo grandes consuelos en el alma, como reliquias de aquella dulzura, acompañados de un amor particular á Jesucristo, humillándose delante de sus ojos y con deseos de imitarle, pues le tomaba ya por Sacerdote suyo.

A 1.º de enero del año de 1623 dijo su primera Misa, y pues Dios le habia escogido por Sacerdote, ¿quién duda sino que sería sacrificio de alabanza el de aquel día, y que se daría por bien servido de él?

Los días siguientes sentía alguna turbacion en la Misa hasta llegar á consagrar; pero en consagrandose cesaba aquella turbacion, bajando un rocío celestial á su alma, que le serenaba, sintiendo él en esto la particular proteccion de Dios y presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar, con cuya comunicacion y trato frecuente debajo las especies sacramentales, alcanzó el singularísimo don de su divina presencia, considerándose todo penetrado de su vista, tan poderoso y eficaz, que le encendía en su amor y le unía á su divina Majestad, dándole á ver clarísimamente sus faltas, con que se humillaba y abatía delante de su divino acatamiento; y enseñándole un modo familiar de tratar con Dios, lleno de confianza, al modo que tiene un tiernecito hijo con su querido padre.

Siempre sus pláticas, así en las recreaciones como en otras partes, eran de nuestro Señor y enderezadas á la virtud; y cuando veía tratar de otras materias ménos provechosas, con industria santa procuraba entremeter alguna útil y buena.

Estaba una noche en recreacion hablando con su compañero de cosas espirituales; pero el inmediato á él tenía diferente conversacion: pesóle al P. Saura de oirla, y más cuando sintió que allí cerca estaba el demonio holgándose y fomentando tales pláticas; pero escupiéndole el siervo de Dios, le ahuyentó de allí.

Bien diferente es lo que le aconteció en la quiete retirada de los Juniores, adonde por orden del Superior acudía. Había salido pocos días antes de ejercicios, en que había dicho á los Hermanos les pediría algun desengaño. Estando, pues, en quiete hablando de Dios todos, les dijo, que pues estaban todos juntos en el nombre del Señor, no habría duda sino que estaría entre ellos, pues tal era su palabra; y respondiendo uno que sí, que con ellos debía de estar Dios, vió el santo varon en aquel punto con los ojos del alma á Cris-

to nuestro Señor en medio de la quiete, como un paso ó dos léjos de ellos; y haciendo el Señor señal con la cabeza que le mirasen, dijo: *Mírenme, que en mí está el desengaño*, mostrando en el semblante particular amor. Dijo entónces el P. Saura: «El Señor nos dice que le miremos, que en él está el desengaño:» y aunque los demas no supieron nada, quedaron muy movidos, y el Padre consolado y agradecido con tan gran favor, el cual quedó tan impreso en su corazon, que por algunos días ni podía tener otra oracion, ni pensar en otra cosa que en la que allí vivísimamente se le habia representado.

Fué despues ayudante del Maestro de novicios, y las mercedes que nuestro Señor le hizo en este tiempo fueron muy grandes, y las cosas que le dió á sentir muy raras: el cuidado que tuvo de que los que estaban debajo del suyo se adelantasen en virtud, fué perpétuo; á esto les exhortaba en comun y en particular. Y cuando les hacia pláticas sentía él con especial modo le ayudaba nuestro Señor, dándole palabras para mover y hacer fruto en los que le oían.

Saliendo algunas veces al campo con los novicios, era tanto el júbilo que su alma sentía en la soledad con la consideracion de los árboles y plantas que veía, cotejando aquello con la hermosura de Dios y belleza de aquella eterna primavera de la gloria; que, como quien se hallaba en ella, de repente prorrumplía en palabras tan llenas de afecto, que eran manifestadoras de las muchas mercedes que Dios le comunicaba, quedando á veces corrido de que sintiesen los que con él iban lo que él quisiera pasase sólo de las puertas adentro de su corazon; pero era pequeña su capacidad para la abundancia de tan grandes gustos.

Tuvo tambien empleo y ministerio de los indios tagalos, cuya lengua aprendió con facilidad y propiedad.

Húbose en esta ocupacion, como en todas las demas, celoso por extremo de la gloria de Dios, del bien de las almas y de desarraigar pecados.

A esto enderezaba sus sermones, á esto miraba como á blanco; y así como los pueblos están divididos en diferentes barrios, les señalaba diferentes Santos por patronos, para que los tuviesen debajo su tutela y amparo, y sobre todo á la Santísima Virgen, á cuya devocion les procuraba aficionar con las ordinarias pláticas de los sábados, pretendiendo en todo la gloria mayor de nuestro Señor, á quien lo enderezaba, sin reparar en dar la vida, si necesario fuera, como él mismo dice, por cualquiera cosa que juzgara ser del servicio divino, en el cual tuvo tan grandes medras, que, como la luz del justo va creciendo hasta el perfecto día, segun él crecía se podía llamar hijo de los crecimientos, como José; pues fueron tan grandes los suyos, que como si á la perfeccion que en sí contienen los votos que hizo, de que arriba hablamos, le

faltase algo, con todo eso, por parecerle no estaba tan entera y adecuada la promesa, y que no daba tanto como podía, los perfeccionó de nuevo el año de veinte y cinco, haciendo un cartapacio de muchas hojas, y como él le llama, *libro de los votos* con su explicacion y forma que habia de guardar en su observancia.

Primeramente representa á nuestro Señor que es cosa dificultosísima y grandísima la que emprende; pero que se atreve fiado en la intercesion de la Santísima Virgen, y alentado con la experiencia de lo bien que le fué en la entrada de la Compañía por medio suyo, en la cual no ha sentido el más mínimo movimiento ni pensamiento contra la vocacion, y dice así:

«A vos, pues, mi Dios, por este medio de mi Señora María, os ofrezco lo siguiente: «Hago voto absoluto de hacer lo que fuere mayor perfeccion, en lo cual se incluye de hacer lo sumo de todas las virtudes, así como de la humildad, de la modestia, del silencio, de la pobreza, de la castidad y pureza angélica, de la obediencia, de la misericordia, de la limosna, de la paciencia, de la benignidad, de la fortaleza, de la justicia, de la devocion, de la piedad, del agradecimiento, de la studiosidad, de la oracion, de la presencia de Dios, de la mortificacion, del celo de las almas, de la caridad, etc., para lo cual, Señor, os pido abundantísima gracia y luz para conocerlo y ponerlo por obra; y hago voto de hacer cada día cuantos actos internos y externos pueda sumos de todas las dichas virtudes sumas, y de todas las demas virtudes que hay que yo conociere y se me ofrecieren.»

Luego en las diez y siete hojas siguientes del dicho libro va poniendo lo más delicado y acendrado de todas las virtudes, discurriendo por ellas en cada una en particular por el orden que están puestas, expresando muy por menudo cómo las ha de ejercitar, atendiendo en cada accion á la suma perfeccion que pide; y concluye con estas palabras:

«Todo lo dicho desde el principio hasta el fin, hago voto absolutísimo de cumplirlo, de manera que advertidamente nunca deje pasar la ocasion de mortificarme, no deje de hacer acto que pueda hacer de virtud, ni cosa de cuantas están aquí puestas, siempre que advirtiere en ello, á todo lo cual me atrevo, confiado en la Santísima Virgen María Madre de Dios, que me alcanzará abundantísima gracia para cumplirlo perfectísimamente, pues por su honra lo hago y para más agradar á su Santísimo Hijo; así que, confiado en tal patrocinio de tan piadosísima Madre, lo firmo de mi nombre y de mi mano, hoy día de su devotísimo siervo y Capellan S. Bernardo, á 20 de agosto de 1625. *Bartolomé Diego Saura, su indignísimo siervo.*

Lo restante del libro gasta en poner todas las virtudes y lo sumo de ellas, y todo lo interior y exterior que puede ayudar para la perfeccion, haciendo

despues un largo catálogo de los Santos que ha escogido para imitar, y tomado por sus particulares patronos; mostró serlo suyo el glorioso P. S. Bernardo en cuyo día se hicieron estos heróicos votos, que en cierto modo le corria obligacion de acudir con su patrocinio para el perfecto cumplimiento de ellos.

Todo lo mostró el efecto; pues agradecido en cierta manera el Santo al servicio que se hacia á su Señora y Reina, quiso dar significacion al P. Saura en un sueño, de cuán bien recibida habia sido su oferta, lo cual el mismo Padre dejó escrito por estas palabras:

«Díjome cómo era enviado de Dios, que Su Majestad gustó mucho de la confianza que se hacia de su Madre, es á saber, que yo hago de su Madre Santísima, por haberme atrevido á una cosa muy grande: y con el rostro y ojos muy alegre añadió, y me advirtió con una manera de rostro muy significativo: *Tiene peligro*, es á saber, *grande*, por lo mismo que hago, si me descuido, y añadió: *Lo que importa es darse prisa*. Preguntéle si sabia algo, por ver si sabia lo que yo habia determinado hacer por honra de la Virgen, y con el rostro muy contento y alegre me significó que todo lo sabia. Pensaba yo que quizá Dios no se lo habria revelado, pues yo no era devoto del Santo, ni en particular me encomendaba á él. Díjome que mi libro se habia leído en el cielo, es á saber á todos los Santos, que así lo entendí todo entonces por voluntad de Dios.

Despues de despierto, el santo Ángel me trujo á la memoria lo que habia pasado, y me hallé muy movido y con nueva determinacion más clara de cumplir todo lo que he propuesto en servicio de la Virgen, confiado en que esta es la voluntad de Dios. Cuando me acordé que se habia leído á los Santos, no pude contener las lágrimas, que parece es lo que se hace en la conversion del pecador en el cielo. Arrodiéme y dí gracias al Señor por este singular beneficio, teniendo por beneficio cualquiera cosa que me ayuda y me mueve á más servir á Dios nuestro Señor, no curándome de la verdad del sueño; pero sintiéndome determinado á cumplir todo lo que tengo propuesto, que es fruto que me quedó del sueño; y tambien sintiéndome tan sujeto al superior, que cualquiera cosa que me dijese contra lo que tengo propuesto y entendido en el sueño, lo haria con mucha sujecion, sin reparar en nada, aunque no creo será así que me manden lo contrario, por ser actos de virtudes; aunque en dejar unos de virtud por ejercitar otros de virtud no hay falta ninguna, y eso seria lo que yo haria cuando los superiores me mandasen lo contrario, que ejercitaria la obediencia, etc.»

Lo cierto es, que, reconociendo los superiores en este siervo de Dios tan particulares ayudas de costas de la divina gracia, tan singular proteccion y

direccion de Dios nuestro Señor y tan particular asistencia con él, para cumplir cosas tan altas; siempre juzgaron por conveniente darle licencia para todos estos votos y promesas, porque era cosa igualmente rara y maravillosa, y como tal notada y advertida de sus confesores, la grande paz y serenidad de su conciencia, sin rastro de escrúpulo en medio de tanta variedad de cosas que se los pudieran causar, lo cual nacia de la superior luz con que nuestro Señor alumbraba su alma, para que en todas las acciones y ocasiones conociese su voluntad y lo más perfecto de las virtudes, y del aliento y esfuerzo que sentia en su corazon para abrazarlo.

Era esto en tanto grado, que los confesores que tuvo decian la mucha dificultad que hallaban de materia para la absolucion, teniéndola todos grande de prorrumpir en alabanzas de Dios por las misericordias que le comunicaba.

El Padre Provincial de las Filipinas, que le oyó muchas confesiones y una general que hizo en su última enfermedad de todo el tiempo que estuvo en la Compañía, lo certificaba así.

Algunas veces se representaba el gran cuidado y recato que tenia de no faltar á tantas obligaciones, y para ello pedía Misas y oraciones de todos, estimando grandemente su intercesion para con Dios nuestro Señor, en especial de algunos Padres y Hermanos, cuya santidad veneraba y estimaba en mucho, deshaciéndose á sí y hallándose inferior, no sólo á ellos, sino á muy grandes pecadores, poniéndose en el más bajo lugar, por la poca correspondencia que decia hallaba en sí al gran número de beneficios y misericordias con que le habia prevenido su divina Majestad.

Pero porque conste tambien de cómo se adelantaba en el exámen particular, pondré las palabras siguientes, que de él dice en el libro de que arriba se hizo mencion. «Poner conato y esfuerzo con todas las fuerzas de mi ánima y todas las fuerzas de mi espíritu, en que *hic, et nunc*, y en cada instante me mortifique lo más que pueda, y haga en este punto, en cada instante y en cada hora todo cuanto entienda será sumo gusto de Dios que lo haga y sumo gusto de mis superiores, haciendo luego al punto todos los actos así interiores como exteriores que entiendo que serán de sumo gusto de Dios y de mis superiores que los haga, en el cual ejercicio entran todos los actos de virtud y todos los actos de amor de la Virgen Santísima y de los Santos y de las almas, y de pedir el padecer y tribulaciones.»

VI

Muere santísimamente.

Como era su vida tan ajustada con leyes tan rigurosas, como él mismo se puso; le fué Dios con el uso y ejercicio de ellas purificando tanto, y él cooperando á la divina gracia, ayudándose tanto, que en un papel suyo, escrito á 1.º de junio de 27, dice así: «Lo que hallo en mi alma es, que el Señor la ha adelantado tanto, que tengo por poco todo lo de los años de atrás, comparado con este último mes ó con estos quince días; al Señor gloria, cuyo es; y gracias á la Santísima y Purísima Virgen y á los santos por cuya intercesion me viene.»

Cosa maravillosa es esta, porque indican estas palabras grandes avenidas de divinos favores, remansadas en el alma de este siervo de Dios, en cuya comparacion siente por pequeños tantos rios de misericordias que le habian regado.

Pero en medio de ellos, no se olvidó nuestro Señor de su antiguo estilo de ejercitar á los suyos con persecuciones y trabajos, que tuvo muy grandes de parte del demonio, con temores grandísimos que le afligian y molestaban notablemente. Pero el Señor, que á veces hacia del ausente, daba despues á entender habia estado con él en medio de la tribulacion.

Otras con desprecios y desestima de parte de los hombres, que, aunque con buen celo, le ayudaron á labrar; y Dios nuestro Señor, casi siempre con achaques y enfermedades que padeció, que tanto con más gusto sufría, cuanto mayores eran sus ánsias y deseos de padecer más, y dar la misma vida por su amor.

Siempre en su pecho este era el blanco de sus deseos y peticiones, sumo gusto de Dios, suma perfeccion y martirio; este le hacia pedir ser señalado, cuando se ofrecian nuevas misiones, á gentes ántes no doctrinadas; por este decia él muchas Misas y hacia decir á otros.

De esto tuvo algunos prenuncios en España, y así parece que se lo concedió nuestro Señor, afirmando muchos haber muerto de bocado que le dieron en odio de la religion y su heroica virtud en la isla de Marioduque, donde estaba doctrinando; y el Hermano que le acompañaba afirmó por escrito que no tiene duda alguna de ello.

El mismo Padre sintió le apretaban un lado, y vió en su aposento estando despierto una persona, que por las señas que dió á los indios, fué por ellos

entendido era una tenida por hechicera; y la vispera de Navidad despertó echando grande copia de sangre por la boca, y dijo: «Un butete (que es pescado ponzoñoso) me han dado á comer.»

Pero de cualquier manera no habrá faltado nuestro Señor con copiosa remuneracion á los grandes deseos que este siervo de Dios tuvo de dar por él su vida.

Desde aquel punto estuvo enfermo, y tal que no pudo ir á Maitines ni decir Misa; antes le recreció la calentura con tales accidentes, que le obligaron á venir á curarse al colegio de Manila, donde con cuidado y asistencia se le aplicaron los remedios convenientes, y él descubrió los resplandores de sus grandes virtudes, en particular la conformidad con la divina voluntad en vida y muerte.

Cuando le dieron nueva de cuán cercana estaba la suya, fué muy extraordinario el regocijo que recibió, con la mayor alegría que le vieron en su vida, que, si bien la procuraba encubrir, era tan grande que le rebosaba el gozo, y así se traslucía en el rostro, palabras y acciones.

Era admirable la paz y seguridad de su alma, acompañada de una grande confianza de que se iba al cielo; dijo al Padre Provincial, que despues de esta nueva le habia hecho nuestro Señor una singular merced de una union y abrazo admirable de su alma con el mismo Dios en sí mismo, en un modo altísimo, y que nunca tal habia sentido ni se podia percibir por más que quisiera explicarle: duróle un rato esta union y amor.

Despues de dos dias le preguntó el mismo Padre Provincial si sentia la dicha union, y respondió que otras habia tenido diferentes; y diciéndole, si habian sido mayores ó menores, respondió que no lo sabia; y es sin duda que tuvo los últimos dias de su vida grandes visitas de Dios nuestro Señor y enajenacion de los sentidos y favores admirables.

Pero lo que particularmente le alentaba, fué lo que respondió el dia ántes que muriese: preguntándole qué era lo que en aquella hora le causaba mayor alegría, estando un rato pensativo, dijo, *que el amparo de la Virgen Santísima*, que parece le habia tomado debajo de su proteccion esta Señora desde su entrada en la Compañía hasta su muerte; y él lo sentia y acudia en todas las cosas que se le ofrecian, por mínimas que fuesen, á tan gran Madre de misericordia, y ella le socorria en todo lo que habia menester, cuidando de él como una amorosa enfermera. Y estando ya para morir, llegándose á él un Padre á quien él tenia particular amor, y pidiéndole le dijese algo de consuelo, con gran sentimiento dijo: *Sea V. R. devotísimo de la Santísima Virgen*, la cual le quiso llevar el dia octavo de su Visitacion del año de 1631, recibidos los Sacramentos con notable gozo de su alma; y si bien el dia ántes

habia recibido el Viático y Extremauncion, deseó el de su muerte con grandes ansias comulgar, diciendo que aquella seria la última vez.

Comulgó y murió aquel dia *in osculo Domini*, dando su espíritu á nuestro Señor que le llenó con tan abundante gracia, que en treinta y tres años que tenia de edad, tiempo breve, llenó las medidas de muchos tiempos en virtud y perfeccion.

La vida de este admirable Padre y tan favorecido de Dios, escribió el P. Juan de Bueras, Provincial de las Filipinas y su superior, y la acaba dando muchas gracias á Dios por haberle dado á conocer tan grande siervo suyo.

En el libro de la *Vida divina*, que anda en romance, y traducido en elegante latin por el P. Martin Sibenio, en el capítulo 32 se hace larga relacion de este siervo de Dios, donde se propone por dechado de espíritu y fervor.

P. NIEREMBERG.

P. LORENZO MASSONIO

I

EL perfecto imitador de S. Francisco Javier, P. Lorenzo Massonio, nació en el reino de Nápoles el año de 1556 á 27 de febrero.

Estudió en el siglo Cánones, con las esperanzas que promete el engaño de los hombres, hasta que despues de aprovechado en esta facultad, cuyos estudios acabó, y ordenado de Sacerdote; un rayo de la divina gracia le ahuyentó las tinieblas que tienen cubiertos los corazones humanos de engaños é ignorancias; y movido del Señor, que le tenia escogido para bien de innumerables almas, entró en la Compañía á los veintiseis años de su edad.

Despues de haber tomado muy á pechos el estudio de la perfeccion cristiana, empezó el de la filosofía y teología, en la cual alcanzó por condiscípulo á nuestro glorioso H. el B. Luis Gonzaga, á quien siempre tuvo singular devocion; y así cuando llegó á la India, donde el P. Lorenzo habia ya estado muchos años, el buleto de su beatificacion, fué extraordinario el consuelo de su alma, con muestras de tan grande alegría, que no podia reprimir las lágrimas que con gran ímpetu corrian por sus venerables canas, por más fuerza que se hacia para encubrir estos sentimientos celestiales.